

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

La Mesa del Señor (una conversación acerca de los diferentes aspectos de la comunión a ella)	37
Ensayo sobre 1. ^a Corintios 10 y 11	47
La salvación y el Salvador	64
"He aquí el hombre"	68

Año X. N° 2

Marzo - Abril 2005

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

Roberto Jorge Arakelian
Cap. Cairo 546
B 1842 CSB Monte Grande
Buenos Aires
Argentina

©2005 Todos los derechos reservados. Editor: Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios. Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	= Biblia de las Américas
RV 1909	= Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	= Reina-Valera Revisión 1977
RVA	= Reina-Valera Actualizada 1989
VM	= Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	= Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	= Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)

(*M. E.*) = *Messenger Évangélique*

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

LA MESA DEL SEÑOR

Una conversación acerca de los diferentes aspectos de la comunión a ella

(1.ª Corintios 10:14-22)

A. —Al leer el pasaje de 1.ª Corintios 10:14-22 encuentro algunas dificultades. ¿Puede usted ayudarme a comprender el pensamiento expresado por el apóstol? En ese párrafo, él habla de la copa y del pan. ¿Se trata del mismo tema que hallamos en el capítulo 11, versículos 23 a 34, donde se menciona también el pan y la copa?

B. — Esos pasajes se refieren al mismo tema, pero consideran dos aspectos diferentes. El argumento del apóstol es diferente en los dos párrafos. En 1.ª Corintios 11 (donde habla de la Cena del Señor), leemos acerca del **memorial** de los sufrimientos y de la muerte del Señor: “Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo:... Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí.” En el capítulo 10:14-22 (donde habla de la Mesa del Señor) hallamos, según las propias palabras de Pablo, el aspecto de la **comunión**.

A. —¿De modo que los creyentes expresan la comunión en conjunto cuando se encuentran reunidos a la Mesa del Señor?

B. —Sí, ellos participan del mismo pan y de la misma copa. Eso es la comunión. Pero la enseñanza que recibimos a través de este pasaje es aun mucho más extensa. Nuestra co-

muni3n es la “de la sangre” y “del cuerpo de Cristo” (v. 16) y expresamos este hecho cuando comemos el pan y bebemos de la copa.

A. —Comprendo, Pero, ¿por qué el ap3stol habla, en ese mismo pasaje, de tener comuni3n con el altar, e incluso de tener comuni3n con los demonios? ¿Eso no tiene nada en com3n con la Mesa del Se±or!

B. —Lo que pablo menciona all3 nos muestra aun otro aspecto de la comuni3n; un aspecto que, desgraciadamente, es poco comprendido entre los creyentes de nuestros d3as.

A. —¿Pero nosotros no tenemos nada que ver con el altar israelita, y menos a3n con la “mesa de los demonios”? ¿No podemos concluir, pues, que esta ense±anza s3lo ten3a valor para aquel tiempo pasado?

B. —Es cierto que esta instrucci3n ten3a como destinatarios, en primer lugar, a los corintios; pero tambi3n nos concierne a nosotros. Ese ejemplo —pues para nosotros se trata de un ejemplo— nos hace comprender el alcance que tiene la comuni3n; pero tambi3n el ap3stol, aun cuando menciona costumbres de su tiempo, establece de alg3n modo un principio.

A. —Debo confesarle que todo esto me resulta bastante confuso.

B. —Bien, tratemos de seguir el pensamiento del ap3stol. Seg3n el vers3culo 18, los que en Israel com3an de los sacrificios ten3an comuni3n con el **altar**. De modo semejante, el que com3a de la carne sacrificada a un **3dolo**, ten3a comuni3n con ese 3dolo y no s3lo con ella, sino con el demonio mismo al cual los 3d3latras la sacrificaban (v. 20). Nosotros tenemos que considerar cuidadosamente la ense±anza que surge de este ejemplo, pues reviste la mayor importancia.

A. —¿Podemos, verdaderamente, aplicar esto a nuestro tiempo? ¿En la cristiandad no existe la mesa de los demonios!

B. —Lo repito, se trata de un ejemplo, de una figura, tal como las que el ap3stol utiliza a menudo para ilustrar su ense±anza. El principio que 3l establece con fuerza consiste en que “la mesa” expresa la comuni3n, y que un creyente no puede participar a la vez de la Mesa del Se±or y de otra mesa sin que esto implique rebajar y profanar la primera.

A. —Yo nunca hab3a notado ese aspecto de la comuni3n, y temo que muchos hijos de Dios tampoco lo comprendan suficientemente.

B. —Es cierto. Y el menosprecio de esta instrucci3n dio origen a muchas alianzas enga±osas entre los creyentes.

A. —Quiz3s ellos pensaron que, como se habla de la mesa de los demonios, no ten3an que aplicarse este pasaje y que no se relaciona con nuestro tiempo.

B. —Pienso lo mismo. Por eso vemos un gran desorden en la cristiandad; por eso se ven muchas mesas. Sin embargo, s3lo puede haber **una** Mesa del Se±or, as3 como en Israel s3lo hab3a **un** altar (Deuteronomio 12:27).

A. —Pero, me parece que usted va demasiado lejos. ¿Usted sugiere que **s3lo nosotros** poseemos la Mesa del Se±or?

B. —Le ruego que me comprenda bien. Yo de ninguna manera he hablado de **nosotros**. Simplemente he considerado lo que dice la Palabra de Dios. Ella habla de **un solo** cuerpo, de **un solo** pan; y tambi3n habla de la Mesa del Se±or consider3ndola como **una sola** Mesa.

A. —Pero hay muchas comunidades cristianas en las cuales se celebra la Cena del Se±or.

B. —¡Por cierto! Y además, creo que muchos creyentes quizá lo hacen con mayor amor por el Señor que muchos de entre nosotros. Pero en el pasaje que estamos considerando, el apóstol habla expresamente de la **Mesa del Señor** y de la **comunió**n. Debemos prestar atención, cuidadosamente, a este tema y centrarnos en él, pues de otro modo corremos el riesgo de no comprender las enseñanzas que la Escritura nos brinda en este pasaje.

A. —Sin embargo, ¿es imposible que todos los hijos de Dios puedan estar reunidos a la misma Mesa!

B. — Eso es cierto sí, como usted lo hace, en esa Mesa solamente se ve un mueble. Pero aquí se trata de un principio. Trataré de ilustrar el pensamiento, valiéndome del ejemplo del cuerpo de Cristo. Este cuerpo está constituido por todos los verdaderos creyentes que se hallan en la tierra, dondequiera que se encuentren.

En 1.^a Corintios 12, el apóstol habla de este cuerpo y de su unidad. Luego, dirigiéndose directamente a los corintios, les dice: “Vosotros, pues, sois [el] cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular” (v. 27). Así, la iglesia compuesta de los hijos de Dios en Corinto era la expresión del único cuerpo de Cristo en la tierra. En el capítulo 1, versículo 2, reconocemos la misma verdad: “A la iglesia de Dios que está en Corinto.”

Del mismo modo, refiriéndonos al tiempo actual, podemos decir que todos los verdaderos creyentes que viven en una localidad forman parte del cuerpo de Cristo en ese lugar: “Vosotros sois cuerpo de Cristo”, y —siguiendo este pensamiento— todos los creyentes de un mismo lugar deberían tener solamente una Mesa: la Mesa del Señor.

Reunidos a esta Mesa, con un único pan, ellos son la

expresión de la **unidad** del cuerpo. Puede suceder que en las grandes ciudades, y a causa de las distancias, los creyentes se reúnan en varios locales; pero si lo hacen en el terreno de la Palabra de Dios, que es el de la unidad del cuerpo de Cristo, en cada congregación con el **único** pan que representa la **unidad**, estarán reunidos alrededor de la **única** Mesa del Señor. La Palabra de Dios únicamente reconoce **una sola** Mesa para todos los hijos de Dios que están en la tierra.

A. —Verdaderamente, debo reconocer que los argumentos del apóstol son claros y que es preciso inclinarse delante de tal enseñanza. Pero, durante muchos años yo he tenido un pensamiento muy diferente, y me cuesta abandonar mi opinión al respecto. Por ejemplo, en nuestra localidad hay muchos hijos de Dios con muy buenas intenciones; ellos también tienen la Biblia y también dicen que se reúnen alrededor de la persona del Señor Jesús.

B. —Yo no niego, de ninguna manera, este hecho. Hay hijos de Dios por todas partes en medio de la cristiandad, y debemos amarlos. También podemos regocijarnos de que la Palabra de Dios sea anunciada en muchas partes, y es bueno que oremos para que el Señor bendiga ese trabajo. Pero en los versículos en los cuales usted encuentra algunas dificultades — 1.^a Corintios 10:14-22— se trata de un tema muy diferente, es decir, el de **la Mesa del Señor y la comunió**n a esta Mesa. Esto no tiene nada que ver con el hecho de que hay hijos de Dios por todas partes. Pero su objeción nos lleva a considerar otro punto importante: La mayor parte de estos creyentes pertenecen a comunidades o a iglesias particulares, de las cuales son miembros.

A. —Pero, si los que predicán allí son pastores o predi-

cadores, dichos creyentes escuchan normalmente la Palabra de Dios.

B. —Me regocijo pensando en que muchos se dedican a anunciar el Evangelio. Pero esto no cambia en nada el hecho de que todas esas comunidades formen tantas divisiones, aun cuando profesan pertenecer al único cuerpo de Cristo. Cuando los corintios decían: “Yo soy de pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo”, el apóstol tuvo la necesidad de reprobarlos y de decirles: “¿Acaso está dividido Cristo?” La Palabra enseña a los verdaderos creyentes, que **todos ellos son miembros del cuerpo de Cristo** (1.ª Corintios 12:12). Por lo tanto, el hecho de considerarse miembro de una comunidad cristiana particular está en contradicción con la enseñanza de las santas Escrituras.

A. —Debo reconocerlo; ¡y veo qué importante es leer la Palabra de Dios cuidadosamente, comprenderla y no añadirle pensamientos humanos! Hay muchos creyentes que, para presentar como aceptables o para excusar las numerosas divisiones de la cristiandad, dicen que éstas son necesarias, pensando que Dios podría tener en cuenta la diversidad de puntos de vista y confiar a cada una de esas comunidades un aspecto especial de la verdad. Además, pretenden que todas las iglesias y comunidades cristianas pueden ser comparadas con flores individuales que, reunidas, ¡forman un gran ramillete para la gloria del Señor! Todas estas opiniones, y aun otras, me parecían muy plausibles. Pero ahora, debo reconocer que al considerar la Palabra de Dios con un espíritu reflexivo y sereno, todas esas explicaciones son humanas y caen por su propio peso.

Pero mi objeción nos ha alejado de nuestro tema. Nos habíamos detenido a considerar la **Mesa del Señor y la comu-**

nión a dicha Mesa. Habíamos visto que, así como el cuerpo de Cristo es **uno**, hay también **un único** pan y que sólo puede haber **una** Mesa del Señor a la cual todos los hijos de Dios deberían tomar parte.

B. —Consideremos ahora otra verdad que se relaciona con nuestro tema. Dicha Mesa es santa, porque es la **Mesa del Señor**. Todo mal, tanto doctrinal como moral, debe ser apartado de ella. Por tal motivo, únicamente pueden participar de ella los verdaderos creyentes, y sólo aquellos que tienen buen testimonio y que son sanos en la doctrina, especialmente en cuanto a la persona del Señor Jesús.

A. —¿Qué me quiere decir? Yo creo que todos los verdaderos creyentes, dondequiera que se encuentren, tienen el derecho de sentarse a la Mesa del Señor; pues, finalmente, ¡el título de hijos de Dios debe ser suficiente para ello!

B. —Sí, en cierto sentido. Pero, si esos creyentes se unen a círculos religiosos que sostienen falsas doctrinas, sobre todo en cuanto a la persona del Señor Jesús, y participan allí de la Cena, ellos comparten esas falsas doctrinas y manifiestan su comunión con falsos maestros. El pasaje de 1.ª Corintios 10 no deja ninguna duda al respecto. Y si esos creyentes participaran de la Mesa del Señor, ellos pondrían a dicha Mesa y, por consecuencia, a aquellos que participan allí, en relación con esas falsas doctrinas. El pasaje que consideramos es claro también respecto a este punto.

A. —¿Está usted seguro? ¿No va demasiado lejos en su afirmación?

B. —Vuelva a leer esos versículos atentamente. Al comer de los sacrificios, los que lo hacían se encontraban en comunión con el altar (v. 18) y los corintios que comían la carne

sacrificada a los ídolos tenían comunión con los demonios. Sin embargo, éste no era, en absoluto, el propósito de dichos creyentes. Ellos no querían tener ninguna relación con los demonios ni, aún menos, tener comunión con éstos. El apóstol les muestra que, por falta de comprensión (v. 17), ellos se mezclaban, de hecho, con la idolatría. La enseñanza del apóstol al respecto es clara, y sirve para todos los tiempos.

Sin duda, como ya lo hemos señalado, en el tiempo actual nosotros no tenemos ninguna relación con los demonios, en el sentido que acabamos de describir; pero la Palabra establece aquí un principio permanente. Veamos un ejemplo. Un creyente quiere tomar parte a la Mesa del Señor, pero pertenece a un círculo de cristianos profesantes en el cual se niega que “Jesucristo ha venido en carne” (2.^a Juan 7) y participa de la Cena con ellos. Mediante este acto, dicho creyente manifiesta su comunión con tales negadores y, a continuación, quiere declararse también en comunión con aquellos en compañía de los cuales desea participar ocasionalmente de la Mesa del Señor; al obrar así él relacionaría a estos últimos con la doctrina perversa del círculo al que pertenece. Si ellos toleraran esto, ¿no se pondrían a sí mismos en comunión con la falsa doctrina? No les serviría en absoluto decir que personalmente ellos no aprueban dicha falsedad; de hecho ellos la aceptarían oficialmente desde el momento en que expresaran su comunión a la Mesa con alguien que expresa estar en comunión con los falsos maestros en otra mesa. Tal es la seriedad de la enseñanza de 1.^a Corintios 10:14-22.

A. —Debo confesar que nunca había pensado en este aspecto de la comunión. Pero hay muchos creyentes que no se encuentran relacionados con doctrinas perversas; ¿qué sucede con ellos?

B. —Yo sé que muchos hijos de Dios creen en el Señor Jesús con sencillez, que lo aman y que viven en el temor de Dios. Pensemos que pertenecen a una congregación de creyentes que desean reunirse según la Palabra, pero en la cual son recibidos a la Cena, bajo su propia responsabilidad, algunos creyentes que retienen una doctrina errónea.

Por este hecho —y probablemente sin darse cuenta—, lo repito, se establece un vínculo con esa doctrina y, como consecuencia de ello, la separación del mal que estos queridos hijos de Dios desean mantener se convierte en algo ilusorio. Ninguno de nosotros querría arrogarse la pretensión de establecer tal principio, pero el pasaje de 1.^a Corintios 10:14-22 no deja subsistir ninguna duda al respecto. Inclinémonos frente a la autoridad de la Palabra de Dios sin querer anteponer nuestros «si» o nuestros «peros»

A. —Le agradezco. Ahora comprendo el sentido de estos versículos que me resultaron muy difíciles de comprender durante muchos años. Además, en el curso de nuestra conversación, pude prestarle atención a otro punto importante, es decir, el de la separación, no solamente del mal moral, sino también del mal doctrinal.

B. —Usted tiene razón, la separación del mal es algo que encontramos en toda la Palabra de Dios. El mal moral es lamentable, y los creyentes deben velar para que la Mesa del Señor se encuentre libre de dicho mal. Pero el mal doctrinal no es menor; al contrario, pues bajo una forma u otra —quizá de manera oculta— ataca a la gloria que sólo le pertenece al Señor Jesús o a la obra que consumó en la cruz.

Podemos tomar como ejemplo la epístola a los Gálatas, que fue escrita en contra del mal doctrinal, y la primera epístola a

los Corintios, que fue escrita en contra del mal moral. Los gálatas, enseñados por falsos maestros corrían el riesgo de volver a la ley, lo cual era un hecho grave, pues equivalía a decir nada menos que la obra de Cristo no era del todo suficiente para salvarlos. ¡Qué deshonra echaba sobre el Señor Jesús, y qué desprecio por los méritos de la perfecta obra que Él hizo en la cruz! Por eso el apóstol, al dirigirse a ellos utiliza un lenguaje tan severo y les dice: “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?” (Gálatas 3:1). Por medio de este ejemplo, comprendemos mejor cuán funesto y grave es considerado el mal doctrinal ante los ojos de Dios.

Sobre todo, éste es el motivo por el cual los creyentes que se encuentran en medio del desorden actual de la cristiandad no pueden ser recibidos a la Mesa del Señor sin que se tomen los necesarios cuidados. Más que nunca, es necesario que ellos sean “sanos en la fe”; y no pueden serlo si permanecen ligados a congregaciones que ofrecen la Cena a cada creyente bajo su propia responsabilidad, estableciendo —quizá sin quererlo— una relación con una doctrina errónea.

En nosotros se manifiesta sin cesar la inclinación a dejarnos influenciar por nuestros propios sentimientos y a interponer nuestras objeciones y nuestras equivocaciones frente a la sana enseñanza de la Palabra de Dios. Pero para honrar al Señor es necesario **obedecer** sin reservas a su Palabra.

P. G.º. (M. E. 1951)

ENSAYO SOBRE 1.ª CORINTIOS 10 y 11

La comunión y la mesa del Señor

(1.ª Corintios 10:15-17)

Es probable que ninguno de los que se acercan por primera vez a la Mesa del Señor —cualquiera que sea la edad que tenga—, se dé cuenta realmente de aquello con qué se relaciona y, más aún, **con quién** establece un vivo contacto mediante este memorial más que sorprendente, más que maravilloso.

Comprendemos muy bien que, normalmente, aquel que se acerca a la Mesa lo hace para el Señor, lo cual es evidente. Pero lo que queremos decir al principio de este débil ensayo, es que ése es el punto de partida de un camino que reserva al fiel preciosos descubrimientos.

El ejemplo del paralítico que fue sanado ilustra esto en alguna medida. Jesús le dijo: “Levántate... y anda.” He aquí, pues, a alguien que vive su primera experiencia con Él. El hombre se levantó de en medio de los muertos y del seno de las tinieblas. ¡Ése fue el primer movimiento de la vida que lo arrancó de la parálisis mortal y que iluminó todo su ser interior con una divina luz que le dio paz, fuerza y felicidad!

Siguió una segunda experiencia: “Y anduvo.” Sí, ese hombre dejaría la tierra de sus orígenes. Un nuevo porvenir se abría ante él. Saldría de las escenas del tiempo y marcharía hacia la eternidad. Se trataba de un llamado completamente nuevo. Ahora él tenía una esperanza y un gozoso porvenir. Le habían sido dados por su Salvador. El hombre le había creído y andaría

por la fe. Pero esos eran sus primeros pasos y aún estaba lejos de comprender, ni siquiera un poco, lo infinito de las cosas que iba a conocer y saborear.

¡Oh si la Iglesia hubiese discernido mejor, si hubiera comprendido mejor el profundo sentido de la Cena, cuán diferente sería su peregrinaje!

Primera Corintios 10:15-17 se relaciona muy especialmente con el gran misterio de Efesios 5:32. Primera Corintios 11:23-28, más bien se relaciona con el misterio de 1.ª Timoteo 3:16 que, sin contradicción, es aún más grande.

En estos dos aspectos, el memorial va desde la eternidad hasta la eternidad:

El primero, según los designios de Dios concernientes a Cristo y la Iglesia en el gran misterio revelado al apóstol Pablo.

El segundo, concerniente a Él mismo, en sus glorias ilimitadas y sus múltiples diademas desde la eternidad hasta la eternidad, a través de las escenas del tiempo.

En 1.ª Corintios 10 se señala que para tener una parte viva en ese cuerpo místico donde la Iglesia es vista tan íntimamente unida a Cristo, su Esposo, es preciso primeramente haber conocido la eficacia de la sangre vertida por nosotros, por ella. La copa es el recuerdo de ello; es, como memorial, la comunión de la sangre de Cristo. Él dio su sangre preciosa, su vida, para redimirla, para justificarla, para vivificarla. Él la reconcilió en justicia con el Santo de la gloria eterna, revelándole su gracia para salvación y su inmenso amor.

Por lo tanto, al contemplar el orden establecido en la celebración de la Cena, la copa se menciona en primer lugar,

según un orden moral indispensable aquí. Luego, establecida ya la “comunión de la sangre”, se hace referencia al pan, imagen del cuerpo espiritual en cuya comunión, entonces, tenemos parte: parte con Él y parte en conjunto.

Sin embargo, hablando al corazón de la Iglesia, la copa expresa también algo más, pues es una copa de bendición, de amor y de gloria, según es el misterio tan grande, relativo a Cristo y a su Iglesia, redimida, construida, edificada y unida a Él por la eternidad.

Tal comunión, bajo este doble aspecto, debe producir en los creyentes la rigurosa separación de lo que no se encuentra establecido inteligentemente sobre esas bases, pues se trata de la Mesa del Señor y no de la nuestra o de algún otro.

La Iglesia le debe todo a su Señor, y Él espera que ella le manifieste su amor, ciertamente, pero también su completa obediencia.

La Cena dominical – El memorial

(1.ª Corintios 11:20-26)

Los versículos 27 a 30 de este capítulo demuestran que este pasaje trata no tanto el aspecto colectivo, sino más bien el aspecto individual. “Pruébese cada uno a **sí mismo**” para acercarse y participar de manera digna, pues es de temer que alguien considere este acto tan sólo como un rito religioso donde se come pan y se bebe un poco de vino, lo cual sería algo grave e indigno.

Este lado tan serio podría hacer que se abstuviera alguien que por tal motivo no se sintiera al nivel moral para partici-

par de tal favor. Pero es justamente lo contrario: cuanto más nos sondea la luz de Dios, tanto más nos juzgamos a nosotros mismos y, entonces, tanto mejor será nuestro estado espiritual para partir el pan. Pues ese trabajo interior, preliminar, nos mantiene en la integridad necesaria para estar en condiciones de comprender los valores morales del sacrificio que fue exigido para nuestra liberación; por eso, a continuación, leemos: “Y coma así.”

Consideremos este pasaje un poco más detalladamente.

1. “El Señor Jesús... tomó pan...”

El amado apóstol recibió del Señor lo que también nos enseñó: “Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan.” Este pensamiento era el fruto de su amor pues, aunque siendo “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos”, quiso venir a la tierra en forma de siervo, revestido de un cuerpo del cual Él mismo nos dice que era el pan que descendió del cielo.

Dios fue quien le dio ese cuerpo y, en esa santa humanidad, fue hecho semejante a nosotros en todo, pero sin pecado.

Él vino para obedecer. Dios mismo le abrió los oídos (Salmo 40:6), y Jesús permaneció pendiente de su voz para hacer su voluntad en un camino de comunión y de obediencia. Divina pero dolorosa senda, en la cual glorificó a Dios por todas partes.

Para nosotros, Él fue el pan que descendió del cielo y que Dios nos dio en su infinito amor. En perfecto acuerdo con el Padre, pues, el Hijo había recibido ese cuerpo, “tomó ese pan”

en vista de los objetos insondables que tenía en su corazón, tanto para el Padre como para nosotros.

Varón de dolores, al final de su paso por este mundo había llegado la hora para ser entregado en esa noche solemne. ¡Qué noche, asimismo, en el sentido moral! Fue entonces cuando tomó el pan y lo partió, porque sabía que en ese pan, imagen del cuerpo que había tomado, Él iba a morir.

Nadie tenía poder sobre Él; nadie podía quitarle la vida; Él la pondría de sí mismo. Él fue el que partiría, el que **partió ese pan** (1.ª Corintios 11:24; Juan 19:30). Él había recibido ese mandamiento de su Padre.

En esto mismo Él obró, pues, en obediencia absoluta. Habiendo descendido del cielo, y en su perfecta humanidad, había dado gracias en todas las cosas; y ahora, costase lo que le costase, su parte —preciosa para su corazón— sería hacer la soberana voluntad de Dios. ¡Qué amor y qué piedad!

Sin embargo, en la insondable angustia que implicaban esos momentos, gustó la muerte por todos (Hebreos 2:9).

El Salmo 22 nos lo demuestra. Ciertamente, los capítulos 2 y 5 de la epístola a los Hebreos también nos refieren algo al respecto, y asimismo otros Salmos, como el 102: “Él debilitó mi fuerza en el camino; acortó mis días. Dije: Dios mío, no me cortes a la mitad de mis días (v.23-24). Pero ¡qué respuesta divina! ¡“Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no acabarán” (v. 25-27)! En Hebreos 1:10 el principio de este pasaje se traduce: “Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra...”

Sí, Él es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. Como

Creador, él era ya el Señor, y lo es ahora como Redentor: Dios y Hombre en un misterio inescrutable, él dominará para siempre sobre todas las cosas (Hechos 2:36). Y al presentarnos el pan y la copa, recordándonos así que todo esto es para nosotros, Él nos dice: “Haced esto en memoria de mí.” ¡Qué maravillosa Persona (Cantar de los Cantares 5:16)!

2. *“Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado...”*

Era la última cena que celebraría en el seno de Israel, el final de ese largo día de paciencia y de incontables beneficios; pero hasta entonces, desgraciadamente, esta nación, Su viña, ¡sólo había producido uvas silvestres!

Y ese día, en esa noche sombría, el Salvador había celebrado la última pascua. Él estaba allí, en el aposento alto, con algunos de aquellos “íntegros” (Salmo 16:3) que habían llorado sobre sus miserias personales y nacionales, aquellos arrepentidos que habían recibido a su Mesías, su única esperanza. Ellos refrescaban el corazón del Salvador, y él había deseado mucho comer esa pascua con ellos. Las grandes tristezas de fuera sólo estaban allí para intensificar en Su amante corazón toda la dulzura de esa comunión delante de Dios su Padre y con esos pocos hombres piadosos que habían perseverado con Él en su camino doloroso.

“Después de haber cenado” en ese ambiente de luz, de paz, Él “tomó también la copa”. La solemne escena del Getsemaní no se visualiza aquí, porque fue en este otro momento, después de haber cenado, cuando Jesús tomó de las manos del Padre la copa que sólo Él podía beber. ¡Oh esa copa! ¡Jesús

había suplicado con gran clamor y lágrimas que ella le fuese obviada! Sin embargo, había concluido expresando: “Hágase tu voluntad” (Mateo 26:42). Copa de angustia indecible, de juicio, de terrores, de abandono y de muerte que Él debía beber en medio de sufrimientos indescriptibles, bajo la maldición, la condenación, la expiación: el poso de un cáliz de amargura que no tenía ni un átomo de sostén ni de comunión!

¡Era la copa de la ira de Dios! Sin embargo, Él era el justo perfecto, el único que había glorificado a Dios. Su mirada infinita sondeó el inmenso abismo; su corazón infinito soportó allí lo absoluto del juicio de Dios sobre el mal, cualquiera que fuese.

En la cruz, durante las tres horas de tinieblas, Él bebió esa copa en la perfección que le era propia. La obra infinita se cumplía. Todo lo que Él era fue comprometido allí en un sacrificio total. Las consecuencias son y serán para la inmensurable gloria del amor ilimitado.

La copa de la Cena de la cual participamos es el memorial de estas cosas, pero más aún de Él mismo. Ella es también la copa de un nuevo pacto en “su sangre”. No en “sangre”, como aquella que había precedido, sangre de toros y de machos cabríos que no tenían real eficacia (Hebreos 10:4).

Su vida, en su completa e inestimable excelencia de inteligente piedad, Él la había ofrecido al Dios Santo, de justicia y de gloria, en un sacrificio que respondía a todo. ¡Qué perfumes subieron de ese Altar!

Sí, los gozos de un nuevo pacto quedaron asegurados allí, y esta copa es este nuevo pacto. El pacto con Adán había sido quebrantado por la desobediencia de éste, y el de Sináí fue transgredido en todos los aspectos. Todos ellos, subordinados, por los cuales en ciertos despertares se había creído poder re-

tomar el pacto de la ley, también habían sido efímeros (bajo Josué, bajo los Reyes, Nehemías y otros). Pero éste sería estable y eterno.

Todos aquellos que por la fe se unieran a este Salvador tan grande, gozarían de todas las consecuencias benditas de un pacto eterno. ¡Qué parte y qué seguridad (Hebreos 13:20)! Pero, ¡a qué precio fue adquirido!

De manera que el Señor mismo nos dice: “Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí” ¡Qué recuerdo! Y es más que un recuerdo: es un memorial.

3. “Haced esto... en memoria de mí”

Un memorial es aquello que hace recordar. En los bancos o en los grandes negocios, existe un libro de memorias, donde se encuentra el memorial de las cuentas, ya sea del acreedor o de los deudores. El memorial del que hablamos aquí, ¿no recuerda también a nuestra conciencia las cuentas, las del divino Acreedor y las de cada uno de nosotros, deudores insolventes como somos? Pero recuerda cómo un “Mediador” intervino y se entregó en rescate por nosotros. Fue hallada una propiciación, y de tal valor, que no solamente satisfizo a nuestro acreedor, sino que lo glorificó. El creyente es liberado en justicia y rescatado en gracia. Su fe, por consecuencia, se vuelve hacia su Salvador y considera sus cuentas con Él: ellas son maravillosamente justas.

Entre los hombres, un memorial es también un libro en el cual se relatan acontecimientos de una vida memorable. Y también para servir de memorial se levantan monumentos, se graban estelas o placas conmemorativas para recordar un gran

evento o un gran nombre. En las Escrituras se encuentran cierto número de “memoriales”. Hay dos específicamente grandes y algunos otros que le son subordinados.

Hablaremos aquí solamente de los dos primeros:

El más grande se encuentra en Éxodo 3:14-15, y el segundo que se liga a éste para formar casi uno solo se halla en el Salmo 111:3-4. “Y respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY... Yo soy me ha enviado a vosotros... Jehová, el Dios de vuestros padres... Este es mi nombre para siempre, éste es mi memorial por todos los siglos” (RV 1909). “Jehová es su memorial” (Oseas 12:6; RV 1909 —correspondiente al v. 5 en RVR 1960).

En cuanto al segundo, se encuentra, pues, en el Salmo 111: “Gloria y hermosura es su obra, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas (o: Ha establecido un **memorial** de sus maravillas).”

Así que:

—El nombre de Jehová es el memorial de Sí mismo.

—Y Él estableció un memorial de su maravillosa obra.

Se hallarán los memoriales subordinados a éstos en Éxodo 12:14, en Levítico 2:2, 9, 16; 6:15; 24:7 (en este último versículo la versión utilizada por el autor traduce: “y será un pan de memorial”) y en Números 10:10. El recuerdo de lo que Él es y de lo que ha hecho está, pues, establecido por Él mismo para que permanezca por todos los siglos.

En la actualidad, este privilegio le fue confiado a la Iglesia hasta que Él venga y la traslade a las esferas celestiales del reino, donde ella debe reinar con Cristo. Luego, Israel restablecido, restaurado y bendecido, tendrá a su turno ese honor y ce-

lebrará la infinita grandeza de su nombre y las maravillas de Su amor. Durante los largos y dichosos tiempos de ese reino milenario, ese pueblo podrá contar a la generación que nacerá, que “Él hizo esto” (Salmo 22:30-31) en su misericordia que “es para siempre” (Salmo 136).

En el presente, el mundo olvidó voluntariamente a este Varón de dolores, pobre y sabio, que por amor salvó de la angustia y del juicio a aquellos que se encontraban sujetos a servidumbre por los poderes del mal. El memorial lo recuerda: “Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.” Es el anuncio público de un hecho, de un hecho sin precedentes: este Varón de dolores era el Señor. Él fue hasta la muerte; Él, el único justo, murió para salvar a injustos y para destruir a aquel que tenía ese terrible poder sobre nosotros.

Así, el memorial recuerda, celebra y anuncia, hasta que Él venga, lo que Jesús es, lo que hizo, la manera en que fue hecha tal obra y los resultados de “la muerte del Señor”.

Sólo Él podía emprender y conducir hasta su divino fin tal obra, obra concebida en los designios del amor de Dios. Confusión del terrible adversario, anulación de la muerte, salvación del pecador, reconciliación de todas las cosas; todo es para la gloria de Dios y su eterno resplandor.

Celebrar dignamente la Cena del Señor

“...Y coma así del pan, y beba de la copa...”

Consideremos con algún detenimiento la expresión: “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa.”

No se trata simplemente de consumir pan, ni simplemente de beber de una copa, sino de “comer” ese pan, de beber “la copa”, es decir, asimilar algo en nuestro corazón, en nuestra alma, del sentido profundo de aquello con lo que tenemos comunión al participar de la Cena.

Si comprendemos un poco esto, entenderemos que cuando el apóstol dice: “Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa”, no se trata solamente de tener cuidado de sí mismo, aunque se refiera especialmente a ello, sino que significa mucho más que eso. Y tampoco significa juzgar alguna falta o las cosas desagradables cometidas en el curso de la semana, aunque ello sea necesario, sino que se trata de ir más allá. ¿Qué, pues, quiere decir: “Pruébese a sí mismo”?

Supongamos que mediante ejercicios que son el fruto de momentos de comunión o, desgraciadamente, luego de haber cometido faltas o aun a causa de sufrimientos o de circunstancias particulares ya sea en la marcha, ya en el servicio o el combate, hayamos aprendido a conocernos un poco y a juzgarnos. ¿Estaremos, debido a ello, verdaderamente en condiciones de celebrar la Cena de manera **digna**? ¡No! Entonces, ¿qué nos faltará? Bien, después de esto continuemos leyendo la Palabra que, viva y eficaz, continuará obrando en nuestra alma. En las Escrituras hallaremos muchos ejemplos de cosas muy miserables. ¿Por qué tales relatos se encuentran en el santo Libro? Esas cosas lamentables están allí para nuestra instrucción; ellas forman parte de lo que nos resulta provechoso.

¡Todo ello prueba y nos muestra lo que Dios encuentra en nuestro corazón! Mi corazón ¿es diferente del corazón de mis semejantes? No; por eso cuanto más y mejor acepte yo,

por la fe en su Palabra, esta humillante disciplina, tanto más y mejor me probaré a mí mismo: «Yo soy esto, yo reconozco mi propio corazón.» ¿Cuál será el efecto moral de todo esto? Me hallaré echado en el polvo, y no solamente en ocasión de haber cometido una falta, sino constantemente, pues ¡he aquí lo que yo soy en mí mismo! Y desde Adán hasta el fin de la historia humana este corazón miserable, puesto al descubierto por el Dios Santo, se encuentra descrito en la Santa Biblia ¡para convencerme de mi miseria moral, poco a poco y más y más profundamente!

Evidentemente, si sólo hallara esto sería desesperante, pero el versículo 28 añade: “Y coma así.” Entonces también, poco a poco, ¡las maravillas de la cruz de Jesús pasan y vuelven a pasar ante los ojos de mi corazón para afirmarme según Su gracia! Y el Espíritu Santo me muestra más acerca de la paz y del perdón adquiridos mediante la cruz. Descubro en la cruz de Jesús tales maravillas que me abren inmediatamente el acceso al favor mismo del Dios Fuerte, su Padre y nuestro Padre. Si esto es recibido y si el aspecto negativo de las cosas fue zanjado según lo absoluto de las exigencias de su justicia y de su gloria, para el reposo y la purificación de mi conciencia, ¿qué tengo entonces para mi corazón y su sed de felicidad? Tengo su Persona: ¡consideremos “al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión” y pongamos “los ojos en Jesús” (Hebreos 3:1; 12:2)!

¡Cuanto más lo contemplamos, tanto más lo reflejaremos en nuestra vida! Esto no significa un mejoramiento del «yo», ¡oh no!, sino un reflejo, consciente o no, de Él mismo (Éxodo 34:29-35).

Pero, ¿por qué medio podemos considerar a Jesús? ¿Mediante alguna visión mística? No, sino mediante las Escritu-

ras y por el Espíritu Santo. Así lo leemos en Juan 7:38-39: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva.” Igualmente en 2.ª Corintios 3:17-18: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor (o: como por el Señor en Espíritu).”

En sus caminos tan diversos, el único y sabio Dios dispone de infinitos medios para conducirnos por su consejo y para tenernos tomados de su diestra en vista de nuestro enriquecimiento. La Cena del Señor es uno de esos medios, eficaz entre todos. Cada primer día de la semana, la fe puede gustar algo de ello. Y, si hay verdadera comunión y los ejercicios correspondientes, cada vez será algo nuevo en carácter o en intensidad. Pensemos en esto todas las veces que nos acerquemos a su Mesa.

Y tú, querido creyente que por muchas y diversas razones aún no lo has hecho, ¡piensa que Él mismo es el que te invita! ¿Por qué le respondes negativamente? El Señor siente gozo cuando un pecador se arrepiente, y paralelamente cuando un redimido responde a la dulzura y a la magnificencia de tal invitación.

Bien, dirá alguno, pero ¿me puede dar usted algunos ejemplos acerca de la expresión: “pruébese a sí mismo”? La pregunta es oportuna. Y, para no alargar la lista, citaremos sólo tres ejemplos:

1. Comencemos considerando al rey David. En el florecimiento de su bella juventud, este rey tan honrado por Dios

habría podido pensar en su corazón que había sido establecido como rey sobre el pueblo —su pueblo— a causa de las hazañas hechas con Dios desde su infancia hasta ese momento en que gobernaba triunfalmente el reino. Es cierto que estaba dotado en muchos aspectos y parecía tenerlo todo para sí. Sin embargo, él se guardaba de tener estos orgullosos pensamientos. Incluso se lo ve manifestar notables sentimientos de gratitud y de humildad (2.º Samuel 7).

Pero el enemigo nos acecha a todos. Repentinamente, vemos la caída de David ¡cuando estaba en la plenitud de su gloria! Circunstancia imprevista, pero sin duda necesaria para sí mismo y para su pueblo. Natán el profeta le fue enviado ¡y qué ejercicios produjo esto en David! La conciencia de este rey fue llevada ante Dios; entonces le confesó sus graves faltas, ¡y allí halló la gracia y el perdón!

Al salir de esas tinieblas y de ese pozo de fango, David se volvió y remontó a sus orígenes: “En pecado me concibió mi madre” (Salmo 51:5). Él vio que en su persona todo era miserable; ¡era necesario que su “corazón” fuese cambiado! (v. 10). Este hecho de probarse a sí mismo, lo hizo caer a tierra delante de Dios; la verdad había triunfado en su hombre interior: el rey David estaba «a punto». Había obtenido misericordia, pero ¿cómo podía tener la certeza de ser objeto de tal gracia y de su salvación? Pues porque entonces, después de haberlo sondeado, el Espíritu Santo pudo hablarle de Cristo el verdadero Rey de Israel. Lo vemos en los Salmos en que, inspirado de este modo, David habla de Él en tantas preciosas porciones: Salmo 22, 40, 69, 102, 109, 72, 21, 45, 8, etcétera. El rey David fue restaurado. Aun cuando las consecuencias gubernamentales subsistieran (y éstas llegaron hasta el fin), ¡qué frutos produjo

toda esa obra de Dios en su alma! ¡Y qué frutos habrá en nuestra alma, si nos dejamos enseñar!

2. Pensemos también en el amado apóstol Pablo. ¡Qué pobre comienzo el de Saulo de Tarso! Pero ¡qué repentina detención en el camino a Damasco! Las escamas cayeron de sus ojos. Su vida sería transformada. Sin embargo, le fue dado un agujón, indispensable sin duda; pero, a través de todos sus sufrimientos, ¡qué frutos produjo para el Señor, para nosotros y en el Evangelio!

Pablo no era nada, lo sabía, pero anduvo con Él: “vivir es Cristo”, lo cual significa que no se trataba meramente de un Pablo mejorado.

3. Fue igual para Juan. Apóstol amado del Señor, tuvo que caer como muerto a Sus pies; pero ¡qué consecuencias produjo, las cuales podemos apreciar simplemente al leer el Apocalipsis y el Evangelio escritos por él!

Todos nosotros, en mayor o menor medida, tenemos que aprender esto; de otro modo corremos el riesgo de desviarnos y, quizá, de sufrir una caída irremediable.

Se puede decir que en tal trabajo hay tres aspectos: 1.º La confesión. 2.º Ser puesto al descubierto. 3.º La aquiescencia.

1.º En un caso que se conoce y se hace público, lo que se requiere es la confesión.

2.º En un caso desconocido y secreto: sacarlo a la luz y al descubierto.

3.º En último lugar, la aquiescencia, la conformidad simple y verdadera a la Palabra.

Si el caso es conocido públicamente, sólo una confesión franca y sincera liberará a la persona que ha caído en falta. Pero ¡cuántas veces se intenta excusarse!

Si el caso es secreto, oculto, pero de tal modo que constituye una “turbación”, ¡Dios dirigirá las cosas para que sea descubierto! Vemos un ejemplo de esto en lo que ocurrió con Acán (Josué 7). Él había tomado objetos que pertenecían al anatema, los había enterrado en medio de su tienda, y creyó que estaría a salvo; pero llegó el día en que tuvo que sacarlos y reconocer el mal. Para él significó el juicio.

Si tal puesta en luz de los hechos es espontánea, puede manifestarse la misericordia. ¡Muy a menudo esto es difícil y trabajoso! Entonces esa “turbación” arrastra consigo toda clase de secuelas a través de variadas y múltiples pruebas, así como de dificultades innumerables, y el alma debate consigo misma: acusaría a todo el universo para evadir el sondeo de la luz.

A veces, la confesión ocurre en el lecho de muerte; si no, el asunto será manifestado en el tribunal de Cristo, pero ¡qué “pérdida” significará entonces!

En el tercer caso, el trabajo se realiza en el alma por la Palabra: ¡hay comunión en la luz! Se acepta lo que la Palabra revela acerca de nuestro miserable corazón: es la aquiescencia, la conformidad de la conciencia a las declaraciones de lo que “está escrito”. Allí habrá aprobación y bendición. Sin embargo, aceptar esto doctrinalmente o conocerlo bajo el poder de la luz son dos cosas diferentes a los ojos de Aquel a quien, por ella, tenemos que dar cuenta.

Todo lo que es tenebroso, ya sea en la voluntad, en la energía, en los afectos no controlados por la Palabra y por el amor, en principios por los cuales obramos en todas las áreas de nuestra vida, restringen la bendición y pueden llevarnos a vivir continuas experiencias decepcionantes y dolorosas.

Todo lo que es luminoso y proviene de las Escrituras abre el camino para que se manifiesten nuevas gracias, ya sea hacia un individuo o hacia una asamblea. Y cuando la verdadera luz obra en nosotros, nos sentimos cada vez menos impulsados a ocuparnos los unos de los otros con el fin de criticar y juzgar. Por el contrario, somos llevados más y más a pensar en Aquel a quien Dios dio como el tesoro de salvación, un tesoro inagotable de gracias, de riquezas y de glorias multiplicadas.

Esto es lo que el amado apóstol deseaba para la iglesia en Corinto, llena de conflictos y de miserias. Su carta aportaba el bien de parte de Cristo quien velaba por ella. Esa asamblea estaba al borde de la ruina, su decadencia era grave, pero en ella había aún algo bueno.

La iglesia en Corinto supo recibir este mensaje de parte del Señor, por lo cual en ella se operó un despertar de corazón y de conciencia; de tal manera que, en la segunda epístola, el Espíritu, en lugar de impulsarlos a ocuparse de sí mismos y a considerar el pobre estado espiritual que habían manifestado, pudo hacerles ver la gloria como a cara descubierta.

¿No sentimos que tenemos las mismas necesidades? La decadencia se acentúa en todos los planos, y el Señor quisiera llevarnos a todos a nuestro estado espiritual inicial. Entonces, escuchemos nosotros también su llamado.

Ahora, el regreso del Señor está muy cercano; y si deseamos tener el honor y la gracia de rendir un testimonio válido

para Su corazón, para el mundo y para nuestros hermanos que se encuentran dispersos, ¡volvámonos a Él con todo nuestro corazón!

Por eso, cada primer día de la semana, en ocasión del partimiento del pan, cada uno de nosotros “pruébese a sí mismo” y “coma así”, repasando entonces en su corazón las maravillas de la cruz y de la persona de Cristo.

¡Cuántas cosas se sanarían así como por sí mismas! ¡Cómo se levantaría el nivel espiritual y con qué bendiciones nos colmaría el Señor otorgándonos verdadera comunión y prosperidad espiritual... “hasta que él venga”! (Santiago 5:7-8).

E. Gautier (M. E. 1977)

LA SALVACIÓN Y EL SALVADOR

Extracto de una meditación de H. Rossier

Un creyente que sabía que el fin de su vida en este mundo estaba cerca, a quien, efectivamente, el Señor llevó a su presencia pocos días después, me escribió:

«Usted puede estar perfectamente tranquilo respecto a mí; no tengo ninguna duda en cuanto a mi salvación. Yo sé que la obra hecha en la cruz por mí es una obra que me da la seguridad eterna. Estoy a punto de pasar a la eternidad, y no tengo ninguna duda respecto a dicha seguridad; sin embargo, no me siento feliz. Explíqueme esto. ¿Por qué, habiendo confiado en la obra de Cristo, en la salvación que me dio, no me siento feliz?»

Yo le respondí: «La respuesta es muy simple. Lo que brinda la felicidad a un alma no es una obra; podemos **apoyarnos** en la obra de Cristo, pero nuestro gozo no se encuentra en la salvación que nos ha sido dada, sino que se halla en el Salvador. No basta conocer la salvación; es necesario conocer al Salvador, una persona particular que consumió dicha obra, que se ocupó de nosotros.»

Si usted lee el capítulo 1 del Apocalipsis, hallará particularmente esta gran verdad: que lo que nos reúne no es la obra de Cristo. Ciertamente, nos acordamos de ella; nos sentimos dichosos de proclamar el valor de tal obra, la cual nos adquirió la salvación eterna. Sin embargo, no nos reunimos alrededor de la obra, sino alrededor de la Persona que hizo dicha obra. Es muy importante recordar esto, queridos hermanos. Lo que da gozo a nuestras almas es el hecho de conocer a esta Persona; y la Palabra de Dios se esmera en llevarnos siempre a dicha Persona. Tratándose de la Deidad misma, ¿qué escuchamos? “El que es y que era y que ha de venir.” Se trata de Dios en sus relaciones con nosotros, de Dios mismo; luego, de los siete espíritus que están delante del trono, la plenitud del Espíritu y, finalmente, de Jesucristo el testigo fiel, el primogénito de los muertos, el soberano de los reyes de la tierra. He aquí que somos puestos en relación con la Trinidad completa, con Dios, con el Espíritu Santo y con nuestro amado Salvador a quien conocemos y debemos seguir creciendo en su conocimiento.

Éste era también el pensamiento más íntimo del corazón de Pablo. Cuando él percibía que ya no viviría muchos días más en esta tierra, exclamó que había una cosa que deseaba: “Conocerle” a **Él** (Filipenses 3:10). Por cierto, lo conocería en toda su plenitud cuando estuviera con Él y participara de Su gloria. Pero

lo que Pablo sentía, aun cuando le quedaran por caminar sólo unos pocos pasos en este mundo, era el deseo de que esta Persona resplandeciera delante de sus ojos y en su corazón con todo el valor de Sus perfecciones; deseaba abundar en el conocimiento de Cristo, gozar de Él, contemplar a faz descubierta, por así decirlo, toda la gloria, el amor y la gracia que se encuentra en Él.

Eso es lo que expresa Juan en el texto del Apocalipsis: “**Al** que nos amó (o nos ama)...” El apóstol no exalta solamente el amor de Cristo, sino a Aquel que nos ama, a Aquel que representa **el amor divino**. Yo puedo regocijarme en **el amor** de Cristo, quien murió por mí, pero una cosa sobrepasa aun tal gozo: regocijarme en Aquel que nos ama. “Al que nos lavó de nuestros pecados con su sangre.” ¡Oh, qué feliz me siento al pensar que todos mis pecados fueron quitados para siempre! Pero aún encuentro mayor dicha cuando levanto los ojos y los fijo en el Cordero de Dios... Esto es lo que constituye nuestro gozo cuando nos hallamos reunidos alrededor de la Mesa del Señor. Entonces vemos no solamente la obra que Cristo consumió, sino que lo vemos a **Él**. Lo que ha querido poner ante nuestros ojos es no solamente la obra, sino al Cordero de Dios, cuyo costado fue abierto, de donde brotó la sangre, la sangre de la cual participamos simbólicamente en la copa. El Señor quiere hacernos ver lo que él fue en su muerte; no solamente hacernos gozar de los resultados de su sangre vertida en la cruz, de su cuerpo ofrecido allí por nosotros, sino que quiere hacernos gozar de Cristo, quien se dio a sí mismo y quien se presenta ante nuestros ojos, Él mismo, como aquel que sufrió y murió por nosotros. Deseemos una cosa: Conocerle a **Él**. Queridos hermanos, podemos conocer muchas verdades mediante la lectura de

las preciosas epístolas; nunca podremos decir que hemos leído y meditado demasiado la Palabra de Dios; nunca podremos considerar que nos hemos alimentado demasiado de ella; pero hay algo que domina todas las verdades que la Palabra de Dios nos presenta: el hecho de conocer **su Persona**.

Y esto es lo que sucederá si somos fieles en nuestro caminar, si avanzamos día tras día teniendo el único deseo de crecer en estas cosas: Conoceremos su Persona, leeremos los Evangelios con redoblado gozo y felicidad, porque en ellos lo hallaremos a **Él**, quien es el Evangelio mismo. Leeremos los Salmos con redoblado gozo y felicidad, porque en los Salmos hallamos Su corazón; no propiamente su Persona, sino todos los pensamientos que pasaron por su corazón, por su corazón divino y humano a la vez. Podemos considerarlo bajo muchos aspectos. Abramos el libro del Apocalipsis, ¿qué hallamos en él? Hallamos al Juez. ¿Vale la pena considerarlo bajo tal carácter? ¿No existen aspectos superiores a éste? Pero es un aspecto de sus perfecciones, y cuanto más lo conozcamos a **Él**, tanto más nuestros corazones se sentirán dichosos y bendecidos.

Allí se encuentra la bendición de nuestra marcha, y la bendición de nuestras almas es **conocerle a Él**. Cuando el Señor se reveló al apóstol (capítulo 1 del Apocalipsis), Juan lo vio revestido de toda la majestad de un juez, delante de cuyos ojos ningún mortal puede mantenerse en pie un solo instante. El discípulo amado cayó a Sus pies como muerto; no podía soportar la mirada del Juez. Pero ¿qué le dijo **Él**? «Ten ánimo, no temas, yo estuve muerto; tú puedes soportar la mirada del Juez, he vencido la muerte»; y puso su mano derecha en la cabeza de su discípulo amado. «Para ti hay pleno gozo. Como Juez saldré con mi espada de dos filos para herir al mundo; pero a ti yo te he amado, he

muerto por ti, puedes levantar los ojos y mirarme. Conóceme en todos los caracteres que despliego delante de ti, pero no olvides que todos esos caracteres están dominados por el **amor** que ha hecho que me diera a mí mismo por ti, a fin de adquirirte la salvación eterna.»

(M. E. 1977)

HE AQUÍ EL HOMBRE

por F. von Kietzell

(Viene de la página 36)

16. LA CONVERSIÓN DEL LADRÓN

(Lucas 23:39-43)

“Lo mismo le injuriaban también los ladrones que estaban crucificados con él” (Mateo 27:44). Seguramente, nunca se habrá contemplado una escena igual: condenados a muerte injuriando sin motivos a otro ajusticiado. Ni el horror de su propia situación, ni los sufrimientos a los que estaban sometidos, ni los reproches de sus conciencias, ni la ignominia del castigo que les era infligido impidió que insultaran a su inocente compañero de infortunio.

“Y uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba, diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros. Respondiendo el otro, le reprendió...” (Lucas 23:39-43). Mientras que uno de los dos malhechores manifestaba creciente y abierta hostilidad contra Jesús, añadiendo blasfemias a los insultos, en el otro se producía un inesperado cambio. Este último reprendió a su compañero. Él ya no quería participar, absolutamente, “en las obras infructuosas de las tinieblas”, y obró como un hijo “de luz” (Efesios 5:8,

11). ¿Qué lo había conducido a su conversión? Sólo puede haber una explicación: Dios había obrado secretamente en el corazón de este hombre, a fin de arrancar de la perdición eterna a un pecador, en el último momento de su vida. Sólo Lucas nos relata este hecho que revela a la vez el abismo de maldad en el cual el hombre está hundido y el admirable despliegue de la gracia de Dios.

Esta obra se realizó sin que mediara intervención humana alguna. Por cierto, es nuestra responsabilidad llamar la atención a los hombres que nos rodean acerca del estado pecaminoso en que se encuentran, advertirles acerca del terrible juicio que les espera y hablarles de la salvación que se les ofrece en Cristo. Pero si Dios no obra, nuestros esfuerzos serán vanos. Tanto la obra de la salvación a favor de los pecadores, como el trabajo que se realiza en sus corazones, ambos, son únicamente obras de Dios.

“Respondiendo el otro, le reprendió, diciendo: ¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación?” (Lucas 23:40). Estas palabras manifiestan el primer fruto de ese trabajo secreto de Dios en el corazón del ladrón: el temor de Dios. Este hombre, que pocos momentos antes injuriaba al Señor Jesús, reprendía ahora a su compañero que, frente a la muerte, no temía al Dios santo, al Juez eterno, delante de quien, tanto uno como el otro, tendrían que presentarse muy pronto. El temor de Dios que es “el principio de la sabiduría” (Proverbios 1:7), había penetrado en su corazón.

Tal sabiduría llevó al ladrón arrepentido a la luz de Dios y produjo dos frutos que nunca faltan cuando el arrepentimiento es profundo y sincero: condenarse a sí mismo y justificar a Dios. Por el contrario, su compañero estimaba que tenía el derecho de ser salvado e intimó al Señor, ordenándole que lo salvara: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros...” Pero el primero dijo: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (Lucas 23:39-41).

El que se justifica a sí mismo, en lugar de reconocer su culpabilidad, acusa a Dios, a los hombres y a las circunstancias. Pero la

cuestión de nuestra culpabilidad debe ser arreglada entre Dios y nosotros mismos. En el día del juicio, los muertos estarán delante del gran trono blanco y serán juzgados “cada uno según sus obras” (Apocalipsis 20:13). Ciertamente, el primer ladrón “reprendió” a su compañero y, al hacerlo, le advirtió: “Estando (tú) en la misma condenación.” Pero él se juzgó a sí mismo, diciendo: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos.” No buscó ninguna excusa para tranquilizar su conciencia, y su corazón se abrió de manera simple. Condenó su vida, reconoció que merecía la muerte y manifestó así todas las señales de un sincero arrepentimiento.

En el Salmo 51, David exclama: “Yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado... para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (v. 3-4). Cuando Dios obra en un hombre y le hace sentir su propia culpabilidad, éste tiene mucho cuidado de no acusar a Dios. El ladrón lo justifica al declarar: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo.” Él se había visto a sí mismo en la luz de Dios, pero esta luz también lo había iluminado en cuanto a la perfecta inocencia de Jesús.

“Mas éste”. Mediante estas palabras, el ladrón reconoció la distancia que lo separaba de Él, aun cuando en ese momento el ojo natural no pudiera discernirla. El malhechor no solamente proclamó la completa inocencia de Jesús, sino que declaró: “Éste ningún mal ha hecho.” Esta aseveración iba mucho más allá de los testimonios de Judas, de Pilato y de todos los demás¹⁾. Al ladrón arrepentido le fue reservado el hecho de dar testimonio a la completa perfección moral de Cristo.

1) Compárense con los pasajes citados en la nota de la página 36 del fascículo correspondiente al n° 1 del bimestre de enero - febrero de 2004 de En esto pensad, concerniente a los testimonios dados sobre la inocencia de Jesús.

La gracia de Dios daba más y más luz al alma de este hombre. Aunque la gloria del Crucificado estuviese velada bajo su profunda humillación, él reconoció su señorío. Aunque Jesús llevara, a modo de diadema, una corona de espinas, el ladrón proclamó sus prerrogativas reales. Aunque era imposible que un crucificado escapara de la muerte, el malhechor discernió por la fe que un día el Señor Jesús vendría “en su reino”. ¡Cuán poco tiempo necesitó el Espíritu de Dios para revelarles todas estas maravillas!

Luego, el ladrón se dirigió directamente a Jesús, sabiendo que sólo él podía socorrerlo: “Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (23:42; RVR 77). Ciertamente, él deseaba ser salvo, pero no solamente para esta vida. Enseñado por Dios, este hombre había comprendido que sólo podía hallar la salvación en el Salvador. No le pidió que suavizara sus sufrimientos, ni que pusiera fin a su situación angustiosa. Él sólo deseaba una cosa: estar, de allí en adelante, donde estuviera el Señor. “Acuérdate de mí”; ¡ojalá que esta simple súplica, expresión de una fe que manifiesta su confianza, pueda subir del corazón de muchos pecadores hacia el Salvador, mientras haya tiempo! Como el ladrón, ellos recibirán una respuesta divina que colmará sus expectativas.

“De cierto te digo”. Mediante esta solemne declaración, Jesús hizo la introducción al mensaje que le dirigió a este hombre. “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso” (Lucas 23:43).

¡“Conmigo”! Era justamente lo que el pobre ladrón, desde el fondo de su miseria, había pedido al Señor.

“Hoy”. Su deseo hallaría respuesta ese mismo día, y no en un futuro más o menos lejano.

“Tu reino”. Este hombre había expresado el deseo de tomar parte en el reino del Mesías de Israel; pero sería introducido en el paraíso, el lugar de la felicidad de los bienaventurados, el paraíso de Dios, cuyo acceso debía serle abierto por la obra de la cruz.

Efectivamente, esta obra de gracia introducía algo completamente nuevo: daría a todos aquellos que creyeran, más que la glo-

ria del reino, es decir, una parte infinitamente más gloriosa con Jesús, en el gozo y la felicidad eternos.

Si hubiera sido de otro modo y el Señor le hubiese exigido al ladrón alguna obra, ese pobre hombre habría tenido que abandonar toda esperanza. Esta escena ilustra admirablemente lo que es la justificación por la fe, en virtud de la soberana y perfecta gracia de Dios. “Hoy estarás conmigo en el paraíso”. Verdaderamente, esta respuesta superaba “mucho más abundantemente” (o “infinitamente más”) todo lo que “pedimos o entendemos”; era la respuesta del “amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (Efesios 3:20 y 19).

Así, el pobre injustificado halló, en la undécima hora de su triste existencia, la “consolación eterna y buena esperanza por gracia” (2.^a Tesalonicenses 2:16) en Aquel cuya sangre sería vertida para expiar sus pecados. El Señor Jesús también gustó de una preciosa consolación mediante este primer fruto de sus sufrimientos expiatorios. Ya en la cruz, Él pudo ver el fruto del trabajo de su alma y fue satisfecho (Isaías 53:11). Él no entró solo en el paraíso; y un día, nosotros también veremos, entre la multitud innumerable de redimidos, al ladrón salvado en la cruz.

Pero en el Gólgota hubo una tercera cruz. ¡Cuán diferente fue la parte del segundo ladrón! Él despreció la “oportunidad para el arrepentimiento” (Hebreos 12:17), ahora está en tormentos y tendrá su parte eterna en el lago de fuego y de azufre. Este hombre hizo errar su alma (Jeremías 42:20) y descuidó “una salvación tan grande” (Hebreos 2:3). “Hoy” significó para el primero de estos malhechores el día de la felicidad celestial, y para el segundo, el de la perdición eterna. Proclamemos, pues, en toda ocasión: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 4:7).

(Continuará)

*Nos presentas Señor, nos presentas Señor
de Ti mismo la entrega, precio de tu Iglesia.*

Dulcísimo evocar, dulcísimo evocar.

*La mesa que aquí nos tiendes, ¡oh Salvador de gloria!
recuerda tu dolor, tu muerte y tu amor;
recuerda tu dolor, tu muerte y tu amor.*

*La copa y este pan, la copa y este pan
que tu mano nos brinda de gracia pura y digna,
es prenda cierta y fiel, es prenda cierta y fiel.
En su silente lenguaje dicen, en sus edades,
al salvo por la cruz, tu amor, ¡oh Jesús!
al salvo por la cruz, tu amor ¡oh Jesús!*

*Cantad de viva voz, cantad de viva voz
a la gracia inefable y al amor insondable
de nuestro Redentor, de nuestro Redentor.
Sí, demos gloria y honores, con gratos corazones,
llenos de un mismo amor, a Jesús vencedor;
llenos de un mismo amor, a Jesús vencedor.*

*Cristo nuestro Salvador, te adoramos con fervor
por tu sin igual amor. ¡Alabanzas al Cordero!*

*Quien la muerte padeció, quien el juicio agotó,
quien del malo nos libró. ¡Alabanzas al Cordero!*

*Suficiente Mediador, triunfante Vencedor,
competente Salvador. ¡Alabanzas al Cordero!*

*Digno de celebridad eres por tu caridad,
por tu grande santidad. ¡Alabanzas al Cordero!*